

PERDÓN EN CHILE

LORETO BUTTAZZONI

Mucho se habla hoy del perdón, pero ¿qué significa realmente que una institución como la Iglesia pida perdón? ¿Qué se busca con ello y cuál es el fin último de asumir la responsabilidad de actos o actitudes que han contribuido a dañar al prójimo tanto en el pasado como en el presente?

Aunque no estemos de acuerdo con todo, nos ha parecido oportuno presentar las opiniones de algunos chilenos sobre los temas, situaciones u omisiones respecto de los cuales la Iglesia chilena debería pedir perdón. La autora de este reportaje es periodista.

¿No deberá también la Iglesia chilena pedir perdón?

José Aldunate, S.J.

El problema de Chile no está en que no se perdona sino en que no se pide perdón. Chile necesita absolutamente reconciliarse. No podemos seguir viviendo divididos en enemigos y amigos. Ahora bien, para iniciar un proceso de reconciliación, el primer paso es el pedir perdón. No se inicia perdonando en el aire, como parecen haberlo insinuado algunos dignatarios eclesiásticos. Hay que perdonar a alguien que pida perdón. Sólo entonces se produce la reconciliación.

Efectivamente, el que pide perdón está reconociendo la falta que ha cometido, y al mismo tiempo está profesando estar arrepentido y dispuesto a reparar. Si ha dado estos pasos, es acreedor al

perdón. Al sinceramente arrepentido, la sociedad podrá todavía sancionarlo si lo requiere el bien común, pero el ofendido deberá perdonarlo de corazón. Exigir castigo de su parte ya no sería sino venganza.

¿Qué ha sucedido en Chile?

Los crímenes de tortura, asesinato, desaparición y otros, bajo el régimen militar, fueron enormes. El presidente Aylwin, al presentar a la Nación el Informe Rettig, pidió públicamente perdón a nombre del Estado chileno. Este gesto estaba destinado a desencadenar un proceso de reconciliación. Pero los principales implicados, nominalmente el Ejército y la Marina, no sólo no ratificaron esta

actitud sino que la rechazaron. Algo semejante hizo el Poder Judicial. Otros muchos callaron. La reconciliación quedó bloqueada.

En esas circunstancias, ¿qué bueno hubiera sido que la Iglesia chilena pidiera ella misma perdón, a nombre de sus miembros!

Es que la Iglesia no son solamente los obispos, son todos los católicos bautizados. Y católicos fueron en buena parte los que decidieron, ejecutaron y encubrieron esos crímenes. Católicos éramos los que nos inhibimos no haciendo todo lo que debíamos para detener la barbarie. Hubo una aguda contradicción entre la fe de la Iglesia y la práctica de muchos cristianos.

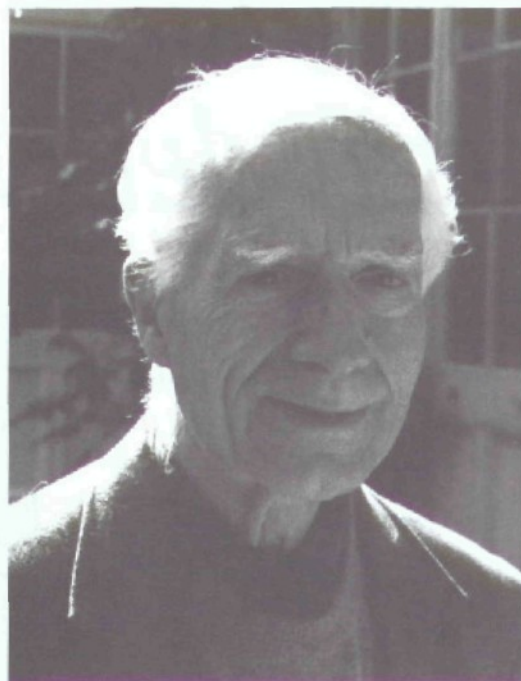
Hubo situaciones de escándalo como cuando comulgaban el cuerpo de Cristo los responsables de la tortura de sus miembros. Los capellanes militares siguieron en sus puestos, encubriendo y defendiendo a los uniformados. Católicos colaboraban con el régimen y aun se beneficiaban de él disimulando sus abusos. Hasta sacerdotes y obispos se mostraban complacientes.

No podemos desconocer la entrega valiente de tantos católicos y las actitudes firmes de don Raúl Silva Henríquez y otros obispos y la acción de la Vicaría de la Solidaridad. Hubo luces y sombras: hay que reconocer toda la verdad. Y esto exige humildad y transparencia.

IGLESIA SERVIDORA, QUE SABE PEDIR PERDÓN

¿Por qué le costará tanto a la Iglesia pedir perdón? Cuando se celebraron los 500 años de la gesta de Colón que trajo el Evangelio al continente americano, pero también la conquista y la colonización, fueron muy débiles los reconocimientos del genocidio perpetrado a nombre de la fe, y abundantes las excusas. Ahora se ha pedido perdón por la "pasividad" de la Iglesia ante el Holocausto de los judíos. ¿No fuimos la Iglesia chilena "pasiva" al demorar cinco años la denuncia pública y oficial de la práctica inhumana del desaparecimiento forzoso? ¿No deberíamos haber hablado claro y sin ambigüedades (aquellos de los "presuntos desaparecidos") desde un comienzo?

Lo que quiero es subrayar la necesidad de crear en



P. José Aldunate

Chile un nuevo hábito, el de reconocer las fallas propias y no echarle toda la culpa siempre a los demás. Esta nueva actitud se expresa en la disposición de pedir perdón. Y en esto se espera que la Iglesia vaya adelante con el ejemplo.

Hay también otros rubros en los cuales participamos como Iglesia en una culpa colectiva. La pobreza con la cual convivimos es un escándalo por el que debemos pedir perdón. Perdón a Dios y perdón a los pobres. Cristo nos lo inculca: "Si al momento de presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja al

punto tu ofrenda y vete primero a reconciliarte con tu hermano".

El Sínodo de Santiago recién celebrado pidió a la Iglesia una actitud más misericordiosa frente a los esposos fracasados o con problemas matrimoniales. En estos temas y otros afines, la Iglesia ha mantenido posiciones rigoristas que no parecen estar acordes con su misión de Buen Pastor.

También la Iglesia chilena ha tenido históricamente actitudes de intolerancia. Son actitudes de otra época que en buena parte han sido corregidas, como las que rechazaban a nuestros hermanos evangélicos o protestantes, a los masones y no creyentes y a los marxistas por su doctrina "intrínsecamente perversa". Una actitud de reconocimiento más bien que de autodefensa favorece el reencuentro fraternal y el pluralismo que piden los tiempos.

También ha tenido la Iglesia participación en actitudes erradas e injustas respecto a pueblos indígenas de nuestro territorio, particularmente los mapuches. En el siglo pasado y éste, ha habido de parte de los misioneros una actitud sistemática de "chilenización" que no respetaba la religión, la cultura y la lengua de los mapuches. La lucha mapuche por reivindicar sus tierras no ha tenido, al parecer, todo el apoyo que se merecía de la Iglesia. Hemos de reconocer nuestra responsabilidad como Iglesia en la deuda histórica que tiene Chile para este pueblo.

En resumidas cuentas, el Concilio Vaticano II impone a la Iglesia una nueva actitud. Ya no seremos necesariamente la Iglesia intachable levantada como ejemplar sobre la cima de la montaña. Seremos la Iglesia servidora de los pueblos, caminando con todos en la historia y que sabe pedir perdón. **M**

Responsabilidad en la tristeza del chileno

Ernesto Rodríguez

*Ensayista y coordinador académico
del Centro de Estudios Públicos (CEP)*



El cristianismo es la sobreabundancia y por eso mismo donde abunda el pecado sobreabunda la gracia (S. Pablo) y esta sobreabundancia de la gracia es el don, es el regalo, y como ese don está siempre abierto, ese permanecer en el don es el perdón. La puerta siempre está abierta y esa es la esencia del perdón. En consecuencia, así como el don siempre está abierto, nosotros correspondemos si tenemos la vida siempre abierta. Tenemos que tener una actitud generosa con los que están debajo de nosotros. Por el contrario, aquél que es más generoso con sus iguales y obsequioso con sus superiores, está siendo mezquino porque se está quedando con los dones recibidos.

¿QUIÉNES DEBEN PEDIR PERDÓN?

Durante el régimen militar hubo abusos de poder y graves ofensas por parte de la autoridad. Cuando las ofensas vienen desde arriba es como si un padre de familia abusase contra su hijo. Si el padre insulta y expulsa a su hijo no sólo ofende al hijo sino a toda la familia. Bajo esa lógica, la excusa de que los castigados eran malos no es válida. Yo no puedo degollar a alguien diciendo que era malo, eso es un abuso de poder, es una mezquindad y está sancionado por todos los códigos morales del mundo. El que vive bien y es generoso, en cualquier cultura lo hace de una sola manera; el que vive mal también lo hace de una sola manera, siendo mezquino y prepotente.

Lo primero que deben hacer quienes cometieron abusos es pedir perdón y si la falta fue pública, la excusa también tiene que serlo. Estoy hablando de la responsabilidad de quienes tienen que pedir perdón. El que no lo hagan sólo contribuye a envenenar a la sociedad, porque se les está exigiendo permanentemente a quienes han sido ofendidos que pongan más generosidad para compensar

la generosidad que les corresponde a otros. Eso termina por envenenar el alma. El

hombre que abusa tiene que pedir perdón. Así nada queda guardado. Hay algo muy hermoso una vez que se declara el perdón y es que en la confesión de la falla está la condición del perdón.

La Iglesia debiera pedir perdón por haber infundido una concepción apocada y triste de lo que es el bien. Ese andar compungido por la vida ostentando bondad, esa actitud aparentemente buena provoca la mayor indignación en mucha gente de ánimo abierto y generoso. Esa mezquindad que hace que algunos católicos tengan una actitud triste ante la vida porque les parece que esa es una manera de hacer méritos ante Dios, envenena la vida tanto como el abuso del poderoso. Andar con cara de beato es una falta de generosidad. Hay gente que se aparta de la Iglesia por eso. Porque se están formando hombres y mujeres apocados. ¿Cuáles son los grandes valores de la vida? Vivir bien, pero eso significa vivir potente y alegremente. Todos debemos pedir perdón por los errores que hemos cometido, pero la mejor manera de hacerlo es siendo generosos y joviales. Se debe vivir con alegría la palabra de Dios.

La Iglesia católica tiene una profunda responsabilidad en la tristeza del chileno. Lo que están haciendo es demostrar una y otra vez que cuando Nietzsche se enfurecía contra el cristianismo tenía razón. La Iglesia católica tiene que vivir más generosamente. Necesitamos un arzobispo que irradie alegría y generosidad.

INTOLERANCIA

La prepotencia con que la Iglesia católica ha

querido impedir que en Chile se legisle sobre el divorcio, sobre la situación de los evangélicos, sobre la censura etc., son actitudes tan abusivas como las de los militares. Cuando sacaron al arzobispo de Viena, el Papa puso en su lugar a Hans Hermann Groer, un benedictino muy conservador. Ahora se ha sabido que éste ha cometido abusos homosexuales y

acaba de emitir una declaración ambigua¹ que ha defraudado y enfurecido a cristianos y no creyentes. Esa no es la Iglesia que queremos. **M**

¹ El martes 14 de abril la prensa informó que el cardenal Hans Hermann Groer emitió una declaración en los siguientes términos: "Durante los últimos tres años han sido lanzadas una gran cantidad de afirmaciones en mi contra. Pido perdón a Dios y a los hombres, si hubo culpa de mi parte".

La Iglesia debe enseñarnos a pedir perdón

Eugenio Tironi
Sociólogo



Creo que la Iglesia debe pedir perdón por no enseñarnos justamente a pedir perdón. El documento recientemente emitido sobre la actitud de la Iglesia frente al Holocausto, resultado de numerosos conciliábulos, conlleva tras sí tanto cálculo que no parece una reacción inmediata del corazón. A pesar de ello, es una buena lección porque la Iglesia pide perdón, lo que no es una conducta habitual entre los católicos. La Iglesia ha sido tal vez demasiado complaciente y a lo mejor no ha dado el ejemplo. En el caso de Chile, es desgarrador como los católicos no nos pedimos perdón. Gran parte de las divisiones que hay en este país se deben a eso.

El pedir perdón conlleva una actitud que uno no le puede exigir a los derrotados, a los desposeídos, sino que se le debe exigir a los victoriosos. Y en Chile hasta ahora los triunfadores no solamente no piden perdón sino que aún insisten en obligar a que los derrotados se pongan de rodillas y sigan pidiendo perdón. Por lo tanto, no solamente no se pide perdón sino que se mantiene la arrogancia, se impone una actitud de antiperdón.

Creo que la Iglesia podría contribuir mucho con

una actitud más testimonial. Hay altos mandatarios de ella que tienen un fuerte liderazgo entre los triunfadores. Por eso mismo, tanto su palabra como su ejemplo serían escuchados. Sorprende ver en los recientes debates políticos que mientras los derrotados presentan un ánimo de colaborar con la pacificación del país, por la contraparte no se ve ningún gesto de hacer propio el dolor del otro. Se puede pedir perdón sin saber exactamente respecto de qué se está pidiendo. No es necesario hacer un punteo objetivo sino que basta con pedir perdón por lo que el otro cree que yo le hice, por lo que el otro siente que yo le hice, por el dolor que el otro ha experimentado debido a mi acción, aunque yo no haya logrado descubrir qué exactamente de mi conducta es lo que produjo daño.

Lo que conspira en contra del perdón, es un cierto racionalismo que hace decir: "Mire lo que yo hice puede haber tenido algunos excesos, pero el resultado y el balance es muy positivo. Por lo tanto, no se justifica que yo pida perdón. Si esto no es comprendido así dejemos que el tiempo lo cure o, si no, que vayan a hacerse una terapia. El puro

insinuar que yo pida perdón es reconocer que yo he cometido algún error grave y que actué con mala intención. Eso no es verdad. Por eso yo no admito que se me plantee siquiera que debo pedir perdón". Ese razonamiento impecable racionalmente sólo se puede combatir si yo le sugiero que pida perdón simple y genuinamente para hacerse cargo del daño o del dolor que el otro siente, de la sensación que el otro tiene.

EL PERDÓN ELEVA

Se ha introducido en nuestra sociedad la noción de que pedir perdón es una acto de debilidad, de cuestionamiento de las propias convicciones. Hay en eso una noción de autoridad



Sin arrogancia, con humildad...

Ana María Larraín
Periodista

A la luz del Vía Crucis que los católicos hemos revivido en la reciente cuaresma: por cada vez que la Iglesia ha juzgado; por cada vez

que ha traicionado o se ha traicionado a sí misma; por cada vez que ha actuado con hipocresía o comodidad; por cada vez que ha negado el amor; por cada vez que ha flagelado a otros moral o físicamente; por cada vez que se ha rebelado frente a esa cruz que libremente asumió en la Historia; por cada vez que le da vuelta la cara a las mujeres en su machismo antivirginiano; por cada vez que no quiere morir, ser sepultada y resucitar en cuerpo y alma, negando el uno en favor de lo otro... por todas y cada una de esas veces la Iglesia debiera - si quisiera - pedir perdón. Y como no habría arrogancia sino una profunda humildad, el mundo herido o esa parte del mundo que ha sido herida (voluntaria o involuntariamente) acogería con gesto generoso el acto de reconciliación.

que está dañada. Se piensa que la autoridad crece en la medida en que más se ejerce, en que la capacidad de influencia muestra menos debilidad. Dentro de esa lógica el poder se debilita en la medida en que alguien se ve obligado a pedirle perdón a otro.

En ese sentido, gestos tan notables como los del ex presidente Aylwin que pidió perdón a nombre del Estado de Chile por las víctimas de los derechos humanos, son actos aislados que uno no está acostumbrado a ver en este país. Pero son actos que sí se ven en otros lugares. Uno ve permanentemente a un Tony Blair pidiendo perdón, a un Jospin, a un Chirac pidiendo perdón por lo que ocurrió en Vichy. Lo que pasa es que la noción de autoridad se debiera fundar en una conducta humanista que incluye el pedir perdón ya que este tiene una fuerza extraordinaria. Desgraciadamente, aquí la noción de autoridad ha sido asociada a la inflexibilidad, a la no generosidad, al no ponerse nunca en la posición del otro, a la intolerancia. Si me preguntaran a mí de qué pienso que la Iglesia debiera pedir perdón, pienso que es de esto. Esta es una materia respecto de la cual la Iglesia no tiene excusa. A mí me gustaría sentir esta actitud del perdón en cada acto, en cada palabra de la Iglesia, pero se la ve más preocupada de dar normas abstractas que de iluminar la vida de las personas.

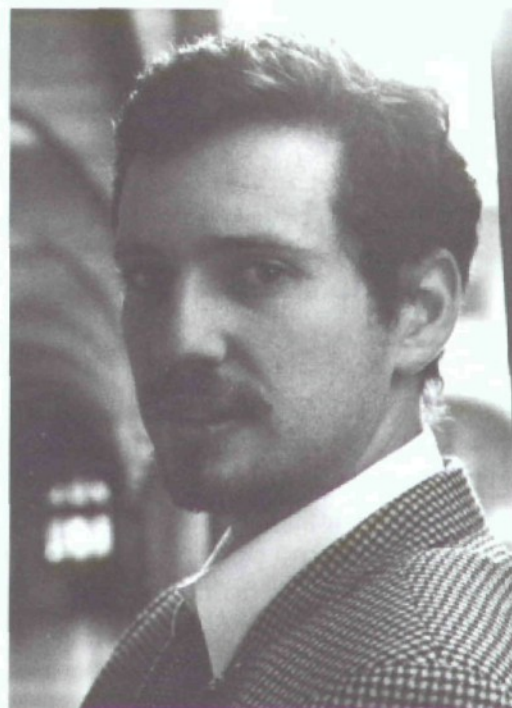
UNA PIEZA QUE FALTA EN LA RECONCILIACIÓN

Yo creo que estamos viviendo un momento histórico en el que el perdón puede darse en integridad. Hay reconciliación pero aún nos falta el perdón. Sin él la reconciliación queda trunca. La reconciliación tiene que ver con el establecimiento de lo mínimo para convivir, pero no exige un cambio radical en las actitudes. La reconciliación no me compromete tanto como el perdón. El perdón, en cambio, supone un acto personal, es un acto de quiebre inolvidable, mientras que el acto de reconciliarse no lo es. Es dejar de lado el objeto que nos divide pero cuando éste reaparece, resurgen los resentimientos que lo acompañan.

Por eso mismo, si no se riega la flor de la reconciliación para que tenga raíces profundas y espacio para crecer, se puede empezar a debilitar. Ya hay signos de eso. Todas las críticas al proceso de la transición, de alguna manera son críticas veladas a la misma reconciliación. Si la Iglesia no toma la iniciativa, la flor que alguna vez plantó podría secarse. **M**

Deudas, omisiones y pasividad

Alvaro Ramis
Presidente de la FEUC



Tanto en Chile como en toda América Latina la Iglesia tiene una deuda histórica que reparar relacionada con los mecanismos mediante los cuales llevó a cabo la evangelización. Muchas veces pecó de intolerancia al arrasar con las culturas locales. En ese sentido hay un perdón que aun hoy América Latina se merece. Otro perdón histórico que la Iglesia debiera ofrecer es por su actitud en contra del progreso. Hubo una gran desconfianza con respecto a los avances humanos. Hoy en día si bien eso se ha superado, es necesario reconocerlo. La Iglesia debe dar cuenta de esa situación y dar gestos concretos de confianza en el hombre y en su capacidad de innovar.

La mayor situación que hoy día la Iglesia chilena debe tratar de enmendar es su incapacidad para dar respuestas significativas a las realidades que hoy está viviendo el país. En los setenta logró ser la voz de los sin voz y denunciar actos de injusticia. Fue capaz de generar instituciones alternativas para quienes estaban rezagados; en general, fue capaz de crear una red de acción que aglutinaba a más actores sociales.

Ese tipo de compromiso hoy en día no se da. Hoy hemos retrocedido casi en veinte años. Hemos vuelto a tener una Iglesia encerrada en la sacristía. Su discurso está absolutamente centrado en la moral personal, muy legítimo por cierto, pero no vemos que aporte en los grandes temas que el país está debatiendo. No se la ve pronunciándose frente a la democracia en Chile, ni dando un discurso unitario y fuerte frente a las injusticias económicas y ante la falta de equidad. Más bien se la ve a puertas cerradas, tratando de afianzarse como institución. Yo creo que eso es legítimo pero me causa temor. La Iglesia debe pedir perdón por la "involución" que ha tenido en su desarrollo como institución entre la sociedad.

La mayor falla es la de omisión. Hace falta que

resuene una voz fuerte y clara respecto de situaciones en la que no hay una palabra. La Iglesia se ha convertido en un elemento cultural de pertenencia, pero no se ve su proyección en las realidades cotidianas.

UNIVERSIDAD ¿CATÓLICA?

Lo más grave es la pasividad en la sociedad. La Universidad Católica (UC) es un ejemplo de ello. La Iglesia está absolutamente ausente de la problemática estudiantil de hoy. Y el problema pasa por el concepto de universidad que hoy se está imponiendo en el país: Una institución proveedora de servicios educacionales donde el estudiante es un cliente. Yo quisiera ver a la Iglesia dando signos concretos de cambio y no avalando ese concepto. La Iglesia debería pedir perdón por tener universidades que son profundamente inequitativas, que agudizan las diferencias sociales. Lo más grave es que se está perdiendo el sentido de la universidad católica. La misión de contribuir a un proyecto de desarrollo nacional se ha cambiado por ofrecer al mercado profesionales cada vez más cualificados para ciertos sectores del mercado. Es grave que la UC hoy no tenga una palabra relevante frente a los problemas que ocurren dentro de la sociedad. Hay en ello una responsabilidad implícita de la Iglesia por no poder transformar sus propias instituciones. Hoy día la UC es católica porque tiene una misa a medio día, pero no lo es porque esté impregnada de un proyecto de compromiso con la sociedad. No hay un proyecto en el que la fe cristiana logre plasmarse e intervenir para cambiar. Sería tremendamente valioso que pudieran salir médicos y arquitectos impregnados de la fe cristiana, de ciertos principios de ética social. Yo sueño con que la UC sea realmente

católica lo cual, está muy lejos de serlo.

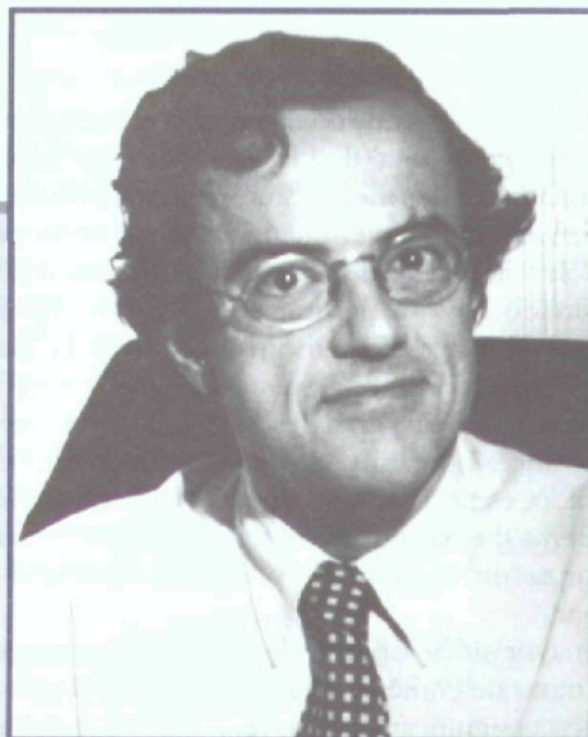
LAS FALTAS GRUPALES

La retórica de la Iglesia siempre ha acentuado muchísimo el reconocimiento personal de las culpas. El centrarse y reconocer el propio pecado constituye en definitiva un acto liberador. Sin embargo, el sujeto colectivo nunca ha asumido las faltas grupales para poderse liberarse de sus lastres históricos. Eso ha sido también una consecuencia

de no asumir lo que es el pecado estructural. Haría mucho bien si se reconociera que existen ciertos pecados que sobrepasan a las mismas personas. Eso permitiría que la Iglesia se liberara de sus lastres históricos y podría mejorar nuestra conciencia como cristianos. Necesitamos reconocer que estamos necesitados de la gracia de Dios, que es lo que en definitiva posibilita el perdón. No asumir la necesidad de perdón es no reconocer que necesitamos de la gracia de Dios, es en última instancia negarnos a su amor y a su apoyo. **M**

Los reduccionismos limitan nuestra fe

René Cortázar
*Director Ejecutivo
de Televisión Nacional de Chile*



Pienso que tenemos muchas razones para sentirnos orgullosos de nuestra Iglesia, y de las contribuciones que ha hecho por ya tantas décadas a nuestro país. Pero frente a la pregunta concreta respecto de qué pedir perdón, pienso que debiéramos hacerlo por haber caído en un cierto reduccionismo que limita o achica nuestra fe. Parece que hemos ido pasando la fe por una especie de embudo, que va limitando su alcance.

Primera etapa del proceso: En vez de detenernos a hablar con toda fuerza y entusiasmo de la experiencia liberadora de la fe, se pone énfasis excesivo, a mi juicio, en el cumplimiento de determinadas normas morales. Segunda etapa: Al hablar de moral, se pone el énfasis en la moral privada. Todo lo

que es la necesidad del compromiso público va perdiendo fuerza en la predicación de la Iglesia (¿no era la política una forma superior de la caridad?). A partir de los noventa la predicación de nuestra Iglesia se aleja de los temas socio-políticos. Se dan razones valederas, pero igualmente se termina por cercenar dimensiones importantes del mensaje eclesial, que sufre un proceso de privatización. Tercera etapa: Como si los dos reduccionismos anteriores no fueran suficientes, al hablar de moral privada se pone el énfasis principal en temas ligados al sexo. Esto es percibido claramente así por los jóvenes.

Algo anda mal con nuestros énfasis. De esto, entre tantas otras cosas, debiéramos pedir perdón.